



La Escalera

Lugar de lecturas

Visita
al territorio de

Aleksandar Tišma



Katarina ha puesto en circulación a una nueva chica: Beba. Primero se la llevó a sus conocidos, hombres que vivían solos, el viajante de comercio Balaž, ya entrado en años, y el pequeño y peludo técnico en ingeniería civil Mijušković, que no hacía mucho había echado de casa a su mujer. Después, a falta de otros conocidos que pudieran divertirse en su propia vivienda, y puesto que carecía de un piso libre para ella sola, alojó a Beba, como su protegida, en casa de Miluška.

Beba es nueva no sólo en la ciudad sino también en el oficio, es decir, la clase de chica más apreciada, de manera que aún reina un nerviosismo insólito sobre el modo en el que se va a dirigir su lenocinio, un modo no exento de afectación consciente e inconsciente, femenina y profesional. Katarina informa confidencialmente a sus amigos de la existencia de Beba y, a la par que por una buena propina les dice dónde pueden encontrarla, les advierte que bajo ningún concepto revelen a Miluška quién los ha enviado: tienen que fingir que han ido allí por casualidad y se han topado con la chica. Y que no pidan acostarse enseguida con Beba allí donde la han visto, sino que, si les gusta, se lo digan a ella, Katarina, para que organice una cita en un lugar adecuado. Y todo eso porque ahora también reclama sus derechos sobre Beba Miluška, a la que por puro azar le ha caído del cielo, y Katarina no está dispuesta a renunciar a su parte de alcahueta.

En casa de Miluška, un sótano que era el piso del portero, por cuyas paredes se filtra una humedad vercosa, alrededor del fogón, en el que borbotea la comida y en una cacerola enorme hierve la ropa blanca, se sientan, encorvadas, las tres patronas: la madre de Miluška, sorda y con dolor de huesos, la propia Miluška, amoratada por la bebida y bigotuda como un deshollinador, y su hermana pequeña, delgada y convaleciente

desde hace meses a causa de la tisis. Cada una pasó en su momento por el oficio del amor pagado, pero, ahora, el envejecimiento y las frivolidades las han vuelto decentes. Están sentadas sin apenas hablar, se limitan a observar a Beba con envidia: en la agilidad y frescura de la joven todas ven su anterior atractivo, así como la posibilidad de compensar los encantos perdidos al menos económicamente.

Beba tiene veinte años y curvas generosas, cara ovalada y blanca, mejillas sonrosadas y la risa modesta de una mujer de provincias. Abandonó la ciudad vecina, Becej, y al marido, fogonero, inducida por un funcionario del ayuntamiento, bello como un ángel, y se fugó con él a Novi Sad. Se alojaron en el hotel Vojvodina, pero al cabo de ocho días él desapareció dejándole recado de que debía volver enseguida a Becej porque su madre se había puesto enferma. Beba no podía regresar, así que se quedó llorando. En el bar del hotel, donde a duras penas reunió el dinero para pagar el primer desayuno en solitario, conoció a Katarina y, como se confesó con ella, se puso por completo en sus manos. Dos noches con desconocidos impúdicos, a los que Katarina la empujó, la habían abrasado como una llama, de la que se retiró con alivio al letargo mohoso de la cocina de Miluška. Pero también ahí perdió la paciencia: el piso estaba sucio, las tres mujeres no la dejaban moverse ni que se lavara en paz ni salir a respirar aire puro —porque, según ellas, el marido podría sorprenderla—, de manera que aguardaba la primera ocasión para escaparse de allí.

Así la encuentran los visitantes a los que les ha sido prometida, quienes frecuentan sucesivamente esa casa carente de interés para ellos desde hace ya tiempo. Miluška les abre la puerta y, con orgullo y desconfianza a la vez, les ofrece asiento en el taburete pegado al fogón y les presenta a Beba, a la que absurdamente hace pasar por compañera de colegio de su hermana. La charla que se inicia es árida, soslayando lo único que los ha reunido allí. La vieja se queja de dolores en las piernas, Miluška de lo caro que está todo, la hermana pequeña se extiende sobre el hecho de que la administración de la fábrica no quiere trasladarla a un trabajo más liviano. Y sólo cuando el huésped saca un billete de mil y ruega que vayan a comprar vino y lo traigan, cuando todos toman un vaso o dos, la tirantez que pesa sobre ellos cae como si se quitaran un tabardo de tela rígida. Con pasión, agitando los

brazos, la cara azulada y los gruesos labios estirados, Miluška la toma con Beba delante del visitante, con la inquietud que presiente en ella y que teme como un obstáculo a la realización de sus sueños de bienestar. Beba ya no es la compañera de colegio de su hermana —esta mentira se diluye en la charla junto con la desconfianza—, es una mujer abandonada, engañada, pero una mujer que, por desgracia, no atiende a razones, como si la experiencia no le hubiera bastado. Y la experiencia hoy muestra que el mundo está podrido, que los hombres son egoístas; la felicidad no está en la diversión, en el entusiasmo, de los que no se vive, porque vivir es caro, y Beba come, rompe sábanas y gasta leña; la felicidad está en la seguridad junto a un hombre que sea capaz de valorar y premiar. Al decir eso, Miluška clava los ojos sanguinolentos en el huésped para ver si él la entiende, y, cuando cree que así es, ordena con brusquedad a Beba que vaya a la habitación con el pretexto de que le traiga las fotografías familiares, mientras que a él le susurra apresuradamente al oído que, si lo desea, podría disfrutar de los favores de una mujer joven, con la condición de que llegue a un acuerdo con ella misma, Miluška, que mantiene a Beba, la alimenta y es responsable de ella. Nada de pensar en acostarse con Beba así, sin más, por unas perras, eso sería una traición para con su inocencia. El hombre que la quiera tiene que comprometerse a mantenerla permanentemente, con una pensión para cubrir los gastos de Miluška. Beba es hermosa y no está ajada, que el huésped la mire bien: vale lo que se le pide. Que se lo piense.

El huésped, sin embargo, no piensa en eso, sino en la otra, en la oferta cómplice de Katarina. Cuando Beba aparece con las fotografías, las mira superficialmente, haciendo guiños a la joven. Luego la invita a acompañarlo porque tiene que marcharse, y Miluška está demasiado embriagada por el vino como para advertir la conjura y evitarla. Salen los dos y en silencio recorren el oscuro pasillo del sótano, en el que la leña exhala el hedor de la vegetación podrida; sólo en las escaleras que llevan al portal intercambian unas cuantas frases roncas. El visitante menciona a Katarina; Beba baja los ojos y casi con dolor enarca las cejas. No puede prometer enseguida que se escabullirá ni cuándo, porque depende del carácter de Miluška, y porque ni ella misma está segura de si eso es actuar con inteligencia. Pero el hombre la apremia: alguien podría cruzar el portal o Miluška salir de su piso; la

abrsa con su aliento y le promete una suma doble. Beba responde a esto con una mirada inquisitiva y ansiosa por el rabillo del ojo; acepta y le tiende la mano, sólo la húmeda punta de los dedos, como hacen las mujeres de pueblo.

De piernas y brazos largos, ojos verdes rasgados que brillan febriles, Envera se lanza al abrazo como un joven soldado al combate. Se estremece ante el primer contacto con el hombre y se entrega a él dejándose ir, la cabeza echada hacia atrás en un abandono que deja al descubierto su cuello desde el mentón afilado hasta las cavidades de las clavículas, un cuello pecoso y surcado de tendones marcados y venas azules torcidas. No es bella, pero a los hombres les gusta; en casa de Paula, que empezó a frecuentar hace un año, solicitaban volver a verla con una insistencia obsesiva, como si supieran que pronto iba a desaparecer por un largo espacio de tiempo. Luego, se hicieron a la idea de que ya no estaba con la misma determinación, incluso con un alivio ceñudo que se relacionaba con el motivo de su ausencia: el avanzado estado de gestación de Envera, en el que, posteriormente y con una sonrisa irónica, vieron la explicación de lo que les entusiasmaba mientras lo ignoraban: la plenitud desproporcionada de sus caderas y las venas azules hinchadas en sus senos y cuello, así como su ardor al entregarse. Por lo demás, no tardaron mucho en tener el maligno placer de ver a su antigua amante empujando jadeante por la ciudad un cochecito de bebé, usado y desvencijado, un estado muy similar al de ella, en compañía de un suboficial larguirucho que debía de ser el marido.

Y, en efecto, lo era, de modo que por fin entendieron lo que Paula les había dicho, y a lo que se añadían los cotilleos de las chicas sobre la indiferencia de Envera por el fruto que crecía en sus entrañas, que debía ya de agitarse en su vientre mientras sobre él rodaban los gordos viajeros de comercio. El único error era el vínculo temporal entre la necesidad natural y la desaparición de Envera, que, de no ser por un suceso imprevisto, se habría producido más tarde y sin precipitación. La auténtica verdad al

respecto, además de Envera y Paula, la sabía sólo una joven que se había esfumado de la vista de los clientes a la par que Envera, sin despertar por ello ninguna curiosidad.

Esa otra chica era Kaja, una morena regordeta que se había instalado en la vecindad de Envera cuando se trasladó a casa de su hermana y de su cuñado, electricista en Novi Sad, y empezó a trabajar en una cooperativa de cepillos como obrera. Había conocido la casa de Paula antes que Envera y se había acomodado en ella como un pato en una charca; los contactos con los hombres complacían a su cuerpo saludable, de manera que empezó a comer en abundancia y a engordar precipitadamente, y a menudo caía como un niño en un sueño irresistible después del abrazo, en la cama destartada de la habitación de Paula que el amante acababa de abandonar. Pronto descuidó el trabajo en la cooperativa y, como las nuevas ganancias cubrían sus gastos, no tuvo necesidad de informar a su hermana del cambio de profesión; sin embargo, se confesó con su vecina Envera presintiendo que ésta lo entendería, y no se equivocó.

Kaja salía de casa muy temprano, en apariencia a trabajar en la cooperativa; pero, en realidad, esperaba a Envera en la fuente de la esquina para ir juntas al mercado a hacer la compra, después de lo cual, ambas con las cestas llenas, se encaminaban a casa de Paula; Kaja, como estaba libre, pasaba allí toda la mañana o el día entero, y Envera, una o dos horas inquietas, tanto como podía hurtar a las labores domésticas sin que se notara.

Una vez, en el mercado se produjo un encuentro fatal con dos intermediarios, con gabardinas y carteras de cuero en la mano, que deambulaban por allí, yendo de tasca en tasca, hasta que abrieran las oficinas de las delegaciones. Empezaron una conversación con las chicas que pronto se tornó abierta, y como Kaja sonriera cordialmente ante sus insinuaciones mientras Envera, sombría pero sin manifestar oposición alguna, miraba al suelo, se pegaron insistentes a los talones de las dos mujeres y acabaron presentándose con ellas en la buhardilla de Paula.

Solía ocurrir que las chicas llevaran a Paula un visitante desconocido: ella se fiaba lo suficiente de su propio juicio sobre las personas para aceptar sin un examen preliminar a algún novato, y en virtud de la primera

impresión valoraba si era digno de confianza. Sin embargo, con aquellos huéspedes inesperados, ya en la cocina y después de las primeras palabras, tuvo un encontronazo: los intermediarios exigieron que les dejara meterse a los cuatro juntos en la habitación, mientras que Paula no quería ni oír hablar de ello, porque en ese momento no estaba preparada para satisfacer esas apetencias y porque pensaba que podían escacharrar la única cama que había. Los clientes, acalorados por la bebida y la posibilidad de dar rienda suelta a su lujuria, trataban en vano de persuadirla de que lo que le pedían era algo absolutamente normal, la expresión del deseo de no separarse, y de que la cama no sufriría ningún daño, porque una pareja se quedaría a un lado mientras la otra la usaba. Justo su insistencia, y quizá la falta de oposición de las muchachas —Kaja muerta de risa, Envera muda y hosca—, avivaron el despecho de Paula. Lanzó un no irrevocable a los intermediarios, insultándolos, además, a cuenta de sus gustos, y por esta causa uno de ellos, el más joven, dio media vuelta y se marchó sin decir palabra.

La discusión continuó entonces a dos voces, lo que facilitó el trabajo a la locuaz Paula: pasó a la ofensiva intentando conmover al huésped al exponerle sus difíciles circunstancias materiales, que la obligaban a realizar algo ilegal, pero que no hacían tambalear su sentido de la decencia y honestidad; y ya parecía que iban a llegar a una solución conciliadora, cuando en la cocina irrumpió el joven comprador, jadeante por la carrera escaleras arriba, seguido de un policía al que, presa de una cólera vengativa, había llamado en la calle para que acabara con ese nido de inmoralidad adverso a sus propósitos.

Paula gritó y cayó en brazos del policía negando, en medio de lágrimas, una acusación que ni siquiera había sido formulada ante ella, lo que, sin embargo, no impidió que el representante de la ley, un joven mofletudo y sonrosado de nervios de acero, pidiera la documentación a las tres mujeres y, después de librarse con mucha paciencia del abrazo de Paula, apuntara todos los datos en un bloc de notas gastado por el uso. Luego, haciendo un saludo marcial, se fue tranquilamente, y tras él huyeron, ahora arrepentidos, ambos intermediarios.

Paula primero desfogó su enojo: insultó a las chicas y las echó. Esto último no fue por mucho tiempo, porque esa misma noche las acechó delante de sus respectivas casas, luego las llevó a la suya y, durante una larga charla repleta de lamentos y justificaciones, acordó con ellas una defensa conjunta: que las tres, si las requerían para prestar declaración, dirían que Envera y Kaja habían ido a ver a Paula como amigas que van de visita, que los intermediarios borrachos las habían abordado en la calle y que, sin ser invitados, irrumpieron en el piso de Paula, de donde ella trató en vano de echarlos, hasta que por fin apareció el brazo salvador de la autoridad.

Lo cual fue provechoso porque, cuando al cabo de diez días fueron convocadas ante el juez de Faltas, el mismo día pero a horas diferentes, hicieron una idéntica declaración pormenorizada, de modo que al juez, un hombre de mediana edad exhausto y amargado, ante la ausencia de pruebas y la no comparecencia de los demandantes, no le pareció mal librarse del despliegue de picardías con unas cuantas palabras severas. Así que el incidente acabó más o menos bien. Pero había costado demasiada ansiedad y había dejado en el recuerdo demasiadas injurias y agravios como para quedar sin consecuencias: las tres mujeres, después de esperarse mutuamente en un pequeño parque frente al edificio de la secretaría del Interior y de preguntarse unas a otras por el desarrollo del interrogatorio, se separaron asqueadas. Paula se juró a sí misma que no permitiría que ninguna de las dos cruzara el umbral de su casa; Kaja, consciente del peligro que conllevaba el nuevo trabajo y habiendo perdido hacía mucho el humor para volver al anterior, regresó al pueblo con su madre; y Envera se entregó arrepentida a las obligaciones del embarazo y la maternidad.

Pero desde entonces ya ha transcurrido un año entero, y, en opinión de Envera, bastante malo: durante el parto la sajaron, la lactancia le provocó una inflamación del pecho, y todavía hoy, con un bebé de siete meses, padece una leve fiebre crónica. Se ha debilitado, está extenuada y se ha empobrecido, así que al regresar del mercado pasa de nuevo por la casa de Paula, y ésta, que olvida con facilidad el daño, recibe a la antigua amiga de la casa sin temor, como a todas las demás.

Por otra parte, los clientes también esta vez se llevan gustosos a Envera a la cama, les sigue resultando atractiva, ahora de una forma distinta pero siempre con ese ímpetu que le es propio. Se ha vuelto más seria, su pasión descontrolada carece del impulso que le daba la futura maternidad; la llama de su deseo ha disminuido, se ha replegado en esa lucha febril que la consume por dentro. De pie en la cocina de Paula, apoyada en la pared, impaciente, rodeada de los clientes ociosos y charlatanes y de las chicas, sentados cómodamente en torno a la mesa, chupa ávida el cigarrillo lanzando alrededor miradas rabiosas de sus ojos rasgados, brillantes por la fiebre. En casa, seguro que el bebé ya tiene hambre y llora, y las vituallas con las que tiene que preparar la comida yacen en la cesta abierta junto a sus piernas delgadas y frías. Cuando uno de los huéspedes, atraído por el desasosiego enigmático de su comportamiento, la invita a la habitación, ella va presurosa, separándose de la pared con un estremecimiento seco, como un condenado para el que lo peor es la espera.

Si la casa de Paula personifica el desorden, la de la tía Ruža rezuma todo lo contrario. Un orden antiguo, de tiempos de paz, adornado con el sello de Francisco José, que en Novi Sad lleva todo lo que es civil, aunque, naturalmente, con una concesión coqueta al gusto provinciano.

Es un orden basado en un acuerdo beneficioso para ambas partes, pactado con un barrigudo sargento de la gendarmería y que, si bien ya no existe la gendarmería ni tampoco el acuerdo, pues la autoridad es enemiga inequívoca de la venta de afectos, todavía extrae del pasado cierta fuerza para mantenerse.

Quien acuda a visitar a la tía Ruža durante las horas matinales podrá y deberá chapotear en ese orden galante. Pasará delante del cuartel de caballería con su fachada amarilla de una sola planta, tras cuyas ventanas enrejadas asoman las cabezas rasuradas de los soldados y ante cuyo portón de hierro forjado hace guardia un centinela; doblará la esquina y saldrá a la larga y tranquila calle Smiljanić, con sus casas bajas, medio rurales, sobre las que cae la sombra de los castaños y ante las cuales las ruedas de los escasos carros de lecheros y basureros no logran erradicar la hierba que crece entre las piedras redondas del pavimento desigual. Por diez veces se sumergirá en la umbría de las copas frondosas y, cuando emerja por última vez, empujará una puerta de madera maciza podrida que se cerrará tras él con el golpe de un gran tambor rajado. Se detendrá en la penumbra de un pasillo abovedado y parpadeando buscará las puertas, las únicas, de la tía Ruža, por cuyas hojas entreabiertas se asomará ya, advertida por el eco del portón y de los pasos, la figura montaraz, alta y erguida de la Bruja, con su inevitable nariz ganchuda, la boca desdentada y los ojos, entornados suspicazmente, de mirada penetrante que despunta bajo las cejas espesas.

Si está sola, la tía Ruža, con el garfio de un índice huesudo, invitará al huésped a pasar a la pequeña cocina, iluminada sólo a través de la puerta, es decir, oscura, donde en el fogón, oliendo a especias, se guisa un buen almuerzo; si él ha solicitado para ese día una muchacha, desde la cocina será introducido acto seguido en una habitación provista de una alfombra, cortinas, bordados de juventud de la tía Ruža, donde el objeto de su deseo ya aguarda dócilmente sentada en la otomana al pie de las camas del matrimonio hechas con esmero. Ahí se establecerá ahora el imperio del amor: ahí, entre los bártulos vetustos pero cuidados de una pequeña burguesa, ahí, donde desde la tarde hasta la mañana siguiente reinará el marido, un viejo limpio, apuesto, escribiente en el ayuntamiento, bebedor discreto, para el que la tía Ruža, que no tiene hijos, prepara ese almuerzo, lava y plancha la ropa, y con el que al atardecer, embutida en su abrigo negro con cuello de piel barata, calzada con zapatos estrechos de tacones altos, caminará cogida del brazo en dirección al cine o dar un paseo.

Pero la mañana es el tiempo de su segunda vida, que ella ha emprendido precisamente para poder mantener la primera —porque hace mucho que su marido se bebe el sueldo entero—, y que a lo largo de una década se le ha metido en la sangre como a él la necesidad de beber. En esa otra vida ella se inclina, sonrío, hace las presentaciones entre hombres y mujeres, se acerca sin ruido a la ventana y corre las cortinas, extiende una sábana en la otomana y sobre ella una manta, y después de advertir en la cara del hombre un destello de satisfacción e impaciencia, abandona la habitación y vuelve a su sopa y a su relleno. Cuando la pareja anuncia que la cita ha terminado, les lleva una palangana con agua y una toalla y, cuando la puerta de la alcoba se abre, ella se sitúa a un lado, con los talones juntos, acepta la propina, la agradece, y corre al pasillo para vigilar que no pase nadie hasta que primero el hombre y luego la chica desaparecen.

A veces, entre dos encuentros, mientras se hace la comida a fuego lento, corre al vecindario, a visitar a alguna mujer joven que el día anterior o el otro se había quejado de un marido derrochador, o a una divorciada, o a una muchacha de la que ha oído decir que carece de medios. Rápida y zalameramente escucha sus confesiones, sus lamentos, la consuela con expectativas de venganza o de ganancias fáciles y, por último, la invita a su

casa un día y a una hora concretos, tras concertar una cita con un hombre al que ya se la ha descrito y prometido.

A Miluška le sucedió con Beba lo que a un pescador que ha capturado un pez enorme en su red desgarrada y no tiene con qué retenerlo. Beba se trasladó a casa del técnico Mijušković, que había sido más hábil que Miluška, tenía más dinero y estaba apoyado por la codiciosa Katarina.

Beba le había gustado ya la primera vez que la poseyó, cuando le tocó el turno de ser su segundo amante de pago: en lugar de entregársele profesionalmente, como él estaba acostumbrado con las otras chicas, ella, apurada, le había acariciado los brazos gruesos, rogándole que no la desnudara del todo. Pero la verdadera pasión lo inflamó cuando, al pedirle a Katarina que volviera a enviarle la chica, se enteró de que, entre tanto, la novata tímida había hallado un hogar donde quizá ya había sido prometida y entregada a otro.

Corrió a casa de Miluška, a la que conocía bien pero había dejado de frecuentar hacía mucho tiempo; se sentó jadeante y sudoroso en la cocina mohosa; dijo que Beba le gustaba mucho y sacó dinero para que fueran a buscar vino; soportó los sermones sobre los deberes de un amante y resistió la tentación de aceptar a Miluška como intermediaria y anfitriona de la relación amorosa. Quería, ahora que había encontrado a la chica y la deseaba ardientemente, tenerla de manera exclusiva para él, no sólo impidiendo que lo engañara, sino también alejándola de ese círculo de mujeres dudosas, del piso húmedo y lleno de humo en el subsuelo, del hedor de la pobreza y de los intereses codiciosos que de repente le resultaron intolerablemente perjudiciales para la salud de la chica y su inocencia. Mintió diciendo que lo pensaría y, cuando Beba lo acompañó sola a la salida, le comunicó entre susurros sus verdaderas intenciones y le señaló la cantidad mensual que destinaría a su manutención, un auténtico

pequeño sueldo, pidiéndole a cambio que ella lo esperara veinticuatro horas siéndole fiel y que luego acudiera sin titubeos a su llamada. Después se apresuró a ver a Katarina y le puso dinero en la mano, así ella se acordó de una anciana de confianza que alquilaba un cuarto cerca de la estación del ferrocarril, y ante la insistencia de Mijušković lo llevó inmediatamente allí para que le diera una fianza. Al día siguiente, Katarina se presentó en casa de Miluška con una sonrisa lisonjera e invitó a Beba a acompañarla a la compra, y entonces, a escondidas, le ordenó que mientras se vestía en la habitación metiera sus cosas en una maleta pequeña y la arrojara por la ventana a la calle, de donde ambas la recogieron escabullándose para siempre de la casa como ladronas.

Miluška, naturalmente, está desolada y ofendida. En la conmoción causada por la gran pérdida, de repente percibe la miseria, hasta ahora inadvertida, en la que vive hace ya años, cómo ha envejecido y se ha hundido. Todavía la víspera se consideraba capaz de atraer la atención de un hombre: tanto a ella como a su hermana las visitaban los días de mercado los campesinos de los alrededores que acudían a su casa por rutina, y el cuarto de detrás de la cocina, que ventilaba y limpiaba con regularidad para que se notara menos la humedad, acogía de vez en cuando a una pareja que se había quedado sin cobijo. Sin embargo, al ocuparse de Beba, orgullosa de su papel de protectora y no queriendo arriesgar las oportunidades que se derivaban de él, empezó a rechazar a los clientes habituales. Y los rechazados se resignaron fácilmente. Se retiraron, dejaron de ir, de modo que ahora, cuando Beba ya no está, sólo aparecen por casa de Miluška los admiradores de la chica que todavía no se han enterado de su marcha o que, decepcionados por la noticia, desean torturarse con el recuerdo.

Para Miluška son un reproche constante por la pérdida, pero también un consuelo involuntario. Expone ante ellos, que asienten compasivos con la cabeza, toda la injusticia de la acción de Beba: ¿acaso no ha sido ella, Miluška, la que, como una buena hermana mayor, quería protegerla de la calle, reservándola para un hombre —naturalmente éste siempre era su interlocutor del momento— digno de su juventud? ¿No había gastado con Beba miles de dinares calentándola, alimentándola y alojándola gratis? ¡Y ése era su agradecimiento! Sin una palabra de explicación o de despedida,

por no hablar de un detalle de gratitud, sin pedir permiso o al menos un consejo, escabullándose a hurtadillas, mediante mentiras, ¡dejándose convencer por una alcahueta sin techo como era Katarina!

Pero Dios sabe que me las pagará, asegura Miluška apretando los labios hinchados, sombreados por el bigote. Como si no conociera ella a las de esta clase, y a más de una; al final, al cabo de unos días, después de que las hayan engañado bien, regresan sumisas, buscando el perdón, buscando otra oportunidad de ganar algo, aunque sea lo mínimo, para tener con qué alimentarse y vestirse. Estaba segura, decía, de que tampoco la vuelta de Beba se haría esperar mucho.

Y los clientes, incitados por la esperanza de Miluška, en la que ellos mismos querrían creer, aceptan que se traiga vino de la vecindad. Beben con las hermanas, escuchan sus maldiciones y juramentos, los repiten ellos mismos en tono amenazador, así hasta que se vacía la botella. Pero el fuego que han chupado de ella, en lugar de encender sus llamas hacia las mujeres que no se han ido, que están ahí, fieles, despierta en ellos, por el contrario, el deseo de la infiel. Después de ella, tal y como la han visto y, sobre todo, después de la rememoración de su lozanía, les da náuseas pensar en mezclar sus labios hinchados por el vino con los labios bigotudos de Miluška, o imaginar que abrazan a su delgada hermana tísica y cetrina. De modo que se despiden precipitadamente y se marchan, huyen casi como ladrones, como no hace mucho lo han hecho Beba y la que la incitó a hacerlo, Katarina.

Veinte años más joven que la tía Ruža, Paula pertenece a la generación frívola de la guerra. Ella misma es un producto de la guerra: si la conversación trata de su vida y de su destino —lo que después de cinco minutos es inevitable—, les mostrará, levantándose la falda o bajándose la cinturilla del pantalón, una cavidad en el muslo izquierdo, muy profunda en la carne sebosa, que proviene de una bala fascista; luego, de un cajón de la alacena de la cocina, sacará un certificado del porcentaje de invalidez que prueba su jubilación forzosa debido a la enfermedad provocada por la herida y el subsidio mensual. Y si bien se puede sospechar, con razón, que la herida y la enfermedad son el resultado de escaramuzas ajenas a la guerra, y que ella las ha convertido en un mérito gracias a la tendencia del régimen a jactarse de las víctimas, su sacrificio, real o ficticio, avala el desparpajo con que Paula ejerce su actividad ilegal.

La casa en la que opera es de tres plantas y se halla en pleno centro, en una de las calles más concurridas de la ciudad; el piso de Paula es una buhardilla que consta de una cocina a la izquierda y una habitación a la derecha del rellano desde el que se abre la puerta de hierro del desván, que es común para todos los vecinos del edificio. Por lo tanto, las chicas y los clientes que acuden a su casa tienen que trepar a través de una intrincada colmena que se estira hacia arriba, habitada por una multitud de familias, donde las amas de casa, rodeadas de un enjambre de niños, a menudo obstruyen las escaleras o suben por ellas hasta los pisos altos o hasta el desván, y advierten así el desfile sospechoso de hombres y mujeres que se dirigen a la buhardilla, oyen la conversación animada, las risas, alguna canción de borrachos, atrapan con oído curioso fragmentos de cotilleos, el chirrido de la llave en la cerradura, el arrastrar de pasos presurosos, el

entrechocar de las palanganas, y, escandalizadas, junto con la comida en la mesa, exponen a sus maridos, funcionarios honorables entre los que hay algunos influyentes, su preocupación por la educación moral de sus hijos. A veces sus quejas continuas llevan al padre irritado a telefonar a algún amigo de la secretaría del Interior; entonces, en casa de Paula se presentan agentes de policía y piden la documentación; le llega una citación del juez de Faltas, ante el que tendrá que justificarse negando amargamente las acusaciones, se golpeará el pecho afirmando que es honesta, que la calumnian por envidia, alegará su orientación progresista y la herida que es capaz de mostrar, sin pudor, en toda su evidencia.

Ella entiende esos enfrentamientos como una fatalidad injusta y le parece más fácil soportarlos que frenar la efervescencia de la vida sensual en su vivienda. Para eso carece de voluntad, una voluntad que ha sido minada, primero, por la enfermedad, no por la enfermedad imaginaria causada por la herida, sino por una real que se exterioriza en forma de fuertes dolores de cabeza acompañados de agotamiento; y, segundo, por su propia vida amorosa. En efecto, ella siempre tiene un amante, que por regla general suele ser un hombre casado, un viajante de comercio o un calavera, es decir, una relación pasajera que deja a su sensible ser un enorme espacio para afligirse y expandirse. El amante actual es un joven que ha partido no hace mucho a cumplir el servicio militar en una ciudad lejana, por lo que el contacto con él se limita a cartas y paquetes. A la naturaleza débil y sacudida por las pasiones y la enfermedad de Paula, esta situación casi la complace: puede flotar sobre vastos espacios, interpretar el sentido de los mensajes vagos y soñar con el cercano reencuentro.

Ahí está, feliz, jaquecosa, pálida, sentada en una banqueta de la cocina, la espalda encorvada y las caderas apoyadas contra la pared, las pesadas piernas dobladas, embutidas en unos pantalones masculinos, los pechos caídos bajo un jersey dado de sí, la cabeza ceñida por un pañuelo, sujetando en la mano, ante los ojos miopes, una hoja de papel cuadriculado escrita con un lápiz de tinta. Lee en voz alta la carta que acaba de traerle el cartero. A su alrededor, los clientes, dos músicos del Central, y tres chicas —la Gafitas, Roksa y una pequeña que es nueva apodada la Gitana— chillan y

fuman, atizan el fuego del fogón en el que borbotea un cocido bosniaco sin hacer caso del delecto emocionado de la patrona.

Su amado ha recibido el paquete que diez días atrás le envió Roksa por correo; le da las gracias, alaba con todo lujo de detalles el sabor del jamón y del aguardiente y del hojaldre de queso; jura que le es fiel. A medida que entiende el sentido de una frase, Paula levanta la voz invitando al grupo a escucharla una vez más; el alboroto se acalla entonces por un instante, y las chicas y los clientes, haciéndose guiños unos a otros, acogen con malicia las evidentes adulaciones. Luego vuelven a su charla que no compromete a nada, a las chanzas y bromas en esa espaciosa cocina hospitalaria que huele a comida saciante, a cuerpos que se desean, a dinero, a pasiones que pueden provocarse y satisfacerse fácilmente y sin responsabilidad alguna, lo que los atrae y retiene ahí, ese paraíso en el que por unos momentos se olvidan de sí mismos.

Si una pareja se pone de acuerdo, Paula estira una pierna para sacar de un bolsillo de los pantalones la llave del cuarto; cuando los amantes regresan de allí, la llave, junto con la propina, cae de nuevo en el bolsillo con el mismo movimiento. Y todo lo hace sin quitar los ojos enternecidos de la carta; ésta es hoy toda la realidad de Paula, absorbe su atención y aleja por un rato los conflictos que mantiene sin resolver con la sociedad, los cuales habrían quebrado hace ya tiempo una naturaleza aún más dura.

La mujer de Dević con sus hijos, un niño y una niña, ha ido a pasar el fin de semana a casa de sus primos, y él ha decidido aprovechar el piso vacío. Pero invitar a su casa a una mujer con la que ya ha estado y con la que puede encontrarse en otro lugar le parece poco atractivo. El sábado al salir del trabajo se apostó delante del cuartel de caballería, por donde Katarina suele pasar con sus fiambreras de comida. La esperó, la detuvo, se confió a ella y obtuvo la promesa de que tendría una chica nueva para la noche.

A las seis, como habían convenido, aguardó en el pequeño parque de la fuente contiguo al cuartel. Katarina y la chica no llegaban. Paseó obstinado en la tarde fría de marzo, mientras la oscuridad se posaba en los arbustos altos y en los árboles. Luego se sentó en un banco. Y por último hizo una ronda por todas las entradas del parque, aunque estaban bien iluminadas y se veían desde todas partes. Se hacía ilusiones de que Katarina había enviado a la chica sola y tenía que reconocerla por el porte; corría detrás de cada silueta femenina que pasaba por los senderos y se quedaba mirándola a la cara. Finalmente, cuando desde la torre dieron las siete menos cuarto, decidió marcharse, pero no a casa, porque la inquietud no se lo habría permitido, sino al café Vojvodina, donde a Katarina le gustaba divertirse cuando tenía dinero.

Allí, con dos brandys logró hasta cierto punto sacarse el frío de los huesos, pero no vio a Katarina, así que se fue y siguió buscándola.

Regresó primero al parque y recorrió los senderos desiertos, y luego se encaminó hacia la casa de Katarina, aunque ella, debido al marido, no permitía que nadie la visitara. La ventana que daba a la calle estaba a oscuras; no obstante, Dević llamó, sin tener en cuenta que tal vez intranquilizaría al anciano. Pero nadie respondió, y él se alejó. Se le ocurrió

que Katarina últimamente frecuentaba la casa de Paula, y allí se dirigió; dio una vuelta al bloque y, cuando estuvo seguro de que las dos ventanas de la buhardilla estaban iluminadas, salió a la calle Zmajeva, siempre tan transitada, y se escurrió bajo el portal.

No le gustaba ir a esa casa porque le asustaba que alguno de los variopintos vecinos y visitantes lo reconociera; subió las escaleras hasta el último rellano sin ser visto, se detuvo delante de la puerta de la cocina y dio unos golpecitos, pero, haciendo caso omiso de la invitación a entrar, llamó a Paula por su nombre. Ésta asomó la cabeza; de mala gana acudió a su señal muda, lo escuchó y contestó que Katarina no estaba allí. Dević dio media vuelta y se marchó: era un final miserable para una aventura preparada con entusiasmo.

Pero entonces, en las escaleras iluminadas, entre el tercer piso y el segundo, vio que a su encuentro subía Katarina en persona. Se paró agitado, mas ella, al advertirlo, frunció las cejas con aire hostil, continuó subiendo y señaló con el pulgar hacia atrás. Pasaron uno al lado del otro como desconocidos; justo cuando Dević llegó al portal, entraba un viejo alto envuelto en un gabán oscuro, ostensiblemente erguido, y con una actitud desenfadada cuya afectación era evidente.

Era fácil adivinar que Katarina, ese día, lo había descuidado por la cita con el viejo que seguramente le proporcionaría más dinero, y que, por esa razón, unos minutos antes Paula había sido parca en palabras. A Dević le dolió, pero se calmó enseguida: el dinero, un medio del que él también sabía servirse, había sido decisivo. Ya en la calle se quedó en las cercanías de la casa, fingiendo que miraba los escaparates, hasta que, al rayo de luz del portal abierto, vio salir al viejo de amplio gabán y poco después a Katarina. La abordó, por primera vez en un lugar tan concurrido, y, controlando los músculos de la cara para no revelar su agitación, le espetó los reproches que tenía preparados. Katarina, por supuesto, supo justificarse: no había encontrado a la chica que le tenía destinada. Pero cuando él, casi gimiendo de amargura, le prometió duplicar la propina, lo contempló con seriedad y se quedó pensativa. Le dijo que acababa de llegar de Bosnia la hermana pequeña de Envera, esa chica que solía pasarse por casa de Paula, y que quizá esta última, que entraba y salía de casa de Envera

a voluntad, podía conseguir a la joven para él, y mientras hablaba extendió la mano hacia el billete que le ofrecía.

Así continuó su espera hasta que Katarina logró que Paula saliera de la buhardilla, porque DeviĆ ya no tenía valor para subir allí. De nuevo se entretuvo paseando, esta vez por la oscura calle lateral detrás del edificio, sin dejar de mirar hacia las dos ventanas iluminadas en lo alto del inmueble de tres plantas, temeroso de otro engaño. Sin embargo, Paula bajó, aunque la luz de las ventanas no se había apagado; tiritaba bajo el abrigo, porque por pereza se lo había puesto sólo sobre los hombros. Se quejaba de tener que salir de su casa de noche, de tener que irrumpir en el piso del suboficial a una hora tan inapropiada, así como de tener que inventar una razón para que la cuñada de éste la acompañara fuera. Pretendía ablandar a DeviĆ para que la propina fuera mayor, y él lo sabía, pero no pensaba en ello: intentaba evocar la figura de Envera, con la que se había citado dos o tres veces, para poder imaginarse a su hermana menor. ¿Era más regordeta o más delgada que ella? ¿Era más alta o más baja? Las preguntas lo inquietaban demasiado como para expresarlas en voz alta y cortar los lamentos de Paula; caminaba deprisa, medio paso por delante de la mujer, perforando la oscuridad con ojos ardientes.

Se pararon junto a la fuente de la esquina, delante de un enorme edificio de una sola planta. Paula requirió a DeviĆ en voz baja para que fuera paciente, y desapareció por el hueco del portal sin iluminar. Él se disimuló en las sombras que proyectaban las casas, y de nuevo esperó. De vez en cuando, una mujer rezagada iba a la fuente y, como en un escenario, inclinaba el cuerpo sobre la bomba, provocando el deseo en el hombre. Otra surgía de entre las tinieblas y se le acercaba, la que estaba sobre la bomba se enderezaba, comenzaban a cuchichear y sus voces bajas evocaban un secreto. Él las deseaba a todas, creía que ya le daba igual el aspecto de la chica que le fuera destinada, porque su sola feminidad le permitiría zambullirse y hundirse del todo en la corriente de unión amorosa que entretejía la oscuridad a su alrededor esa noche.

Entonces, de las fauces del portal, salió la chica detrás de Paula. Era joven, menuda y frágil, eso fue todo lo que pudo ver a la luz de la calle, e iba con la cabeza desnuda, llevaba sólo un vestido sobre el que se había

puesto un jersey. Él se acercó deprisa, depositó el dinero en la mano de Paula y con voz ronca invitó a la desconocida a acompañarlo.

Se dirigieron hacia su piso andando por el medio de la calzada, el uno al lado del otro pero sin tocarse. Siguiendo el ejemplo de Dević, la muchacha callaba y él, en ese silencio, en esa ausencia de curiosidad, de desconfianza, de miedo, percibía la obediencia de un ser joven que inexorablemente le pertenecería. Era uno de esos momentos cargados de certidumbre sensual que empujaban a Dević a buscar nuevos contactos, cuya veracidad y vigor tenía la costumbre de comprobar pensando en la muerte. Y ahora, caminando tembloroso junto a la desconocida, intentaba evocar la imagen a la que volvía una y otra vez: él mismo, tumbado, sin fuerzas para apoyarse en sus piernas, condenado a sucumbir al dolor físico. Pero esta imagen de su propia agonía al presente le parecía irreal, inimaginable, tan sólo sentía a la chica a su lado, escuchaba su aliento, su paso ligero, miraba por el rabillo del ojo el joven perfil alargado que resplandecía a la luz de las farolas y se repetía: «Por esto ha merecido la pena. Esto lo paga todo».

La introdujo en su casa con cautela, primero en el cuidado jardín, y luego en la vivienda limpia, atestada de cosas, que olía a bien ventilado y a abundancia, y al encender la luz, por primera vez en muchos años, se sintió orgulloso de tener todo eso. Cerró la puerta con llave, verificó que las cortinas de las ventanas estuvieran corridas y se volvió hacia ella. La joven estaba de pie en medio de la habitación, los brazos cruzados sobre el vientre plano, donde el vestido le apretaba un poco, y esperaba.

Tenía un cuerpo joven, esbelto y firme, un cuello largo y delgado, y una cabeza un poco grande, como la de un niño, con una frente abombada bajo la que brillaban sus claros ojos oblicuos, los ojos de su hermana Envera, pero grandes y dulces, de mirada atenta. Su actitud era natural y sosegada: observaba con calma los objetos hermosos que la rodeaban sin preguntar nada; se desnudó contoneándose y sin vergüenza cuando él le hizo la señal y, solícita, se metió debajo del edredón del sofá cama abierto y preparado; sólo cuando Dević se acostó a su lado, le rogó que apagara la luz.

Se trataba de la timidez de la juventud, y Dević, casi enternecido, la complació; no se arrepintió, porque la chica, en la oscuridad que los engulló de repente, le devolvió sus besos y abrazos con devoción fervorosa

dispuesta a satisfacerlo en todo. Incluso en un momento en que a ella le pareció que su pasión cedía, se detuvo en mitad de un movimiento y, con voz grave, en la que se percibía la preocupación, le preguntó «¿Está cansado?». Lo que provocó en él tal caudal de fuerza y de deseo que ella, gimiendo bajo el abrazo masculino, susurró: «¡Ojalá tuviera yo un hombre así!». Pero eso fue todo. Cuando él estuvo satisfecho y encendió la lámpara, ella se levantó y se vistió en silencio. Preguntó la hora y dijo que debía darse prisa, porque, si no, su hermana tendría problemas con el marido. Eran ya las diez y media.

Guardó el billete que DeviĆ le dio doblado en la mano cerrada. Dejó que él la besara en la mejilla y escuchó sus instrucciones para salir de la casa sin ser vista. Luego no volvieron a hablar. DeviĆ, ciertamente, tenía la idea de fijar una nueva cita con ella, pero vacilaba. No estaba seguro de que se repitiera este acuerdo perfecto entre su deseo y la naturaleza de la muchacha, debido quizás a las circunstancias especiales del encuentro, a su concupiscencia demorada y exasperada hasta el sufrimiento.

Cuando ella se marchó, descorrió las cortinas de una ventana y la siguió con la vista. Iba por el centro de la calle, sola, con el paso ligero. Luego se volvió hacia el interior de la habitación, hacia la cama deshecha y las sillas cambiadas de lugar. Disfrutó de las huellas de la presencia de la chica como si lo atrajeran a un nuevo abrazo.

Desde que Beba se escapó con Mijušković, la casa de Miluška está desierta. Ya nadie va por allí; en los últimos tiempos, ni siquiera los que aceptaban tomar un vaso de vino uniendo sus lamentaciones por la pérdida a las de ella. Quieren olvidarla y frecuentar otras casas en las que aún hay mujeres atractivas prestas a complacerlos, pero Miluška no está dispuesta a permitirselo. Cuando se encuentra con alguien del antiguo círculo, ya sea en la calle, ya en una tienda, lo lleva a un aparte y susurrando le informa de que tiene una sustituta de Beba, y que se trata ni más ni menos que de «una italiana».

Se puede llamar a la italiana enseguida si hace falta, porque vive en el patio del edificio contiguo, está sola y libre, y siempre dispuesta a hacer compañía a quien lo necesite. Esto queda confirmado en cuanto ella aparece de verdad, sobre sus piernas fuertes enfundadas en medias de seda color carne hasta la rodilla y con una esclavina rosa de los paquetes de ayuda americanos sobre los hombros; gruesa y dura, con esa ropa semeja un luchador con cabeza de niño o un cerdo inmenso rasurado y cebado. Pero su aspecto sólo deja estupefacto al huésped, no así a Miluška, que de la italiana, de pie en la puerta, desplaza su mirada a él, una mirada llena de significado que le advierte: «No juzgues antes de tiempo. Lo bueno viene después».

Lo bueno es la historia de la italiana, que no tiene parangón en este limitado mundo, una historia que ha hechizado a Miluška desde que la oyó por primera vez, o bien le ha infundido la esperanza de que su resplandor disipará quizá la impresión, preocupante pero superficial, que la aparición de la mujer deja en el huésped. Sin poder ocultar la impaciencia, en cuanto la italiana se quita la esclavina y exhibe su corto vestido negro de seda,

cuyos reflejos realzan las redondeces de su carne firme, mientras se deja caer en la banqueta de la cocina, la apremia casi con un reproche: «¡Vamos, empieza a contarle, habla de una vez!». A lo que la italiana asiente, se lame rápidamente los labios carnosos y a través de ellos deja correr, sin interrupción, una catarata de aventuras de proporciones descomunales.

En esta aventura, la italiana era hija de una ilustre familia de mercaderes; había crecido en medio del lujo, rodeada de criadas y gobernantas, su vida había sido despreocupada y alegre hasta que sus progenitores se separaron. Su padre se trasladó a Italia y allí incrementó su fortuna, de lo que no informó a la familia más que cuando ella, su única hija, alcanzó la mayoría de edad. La llevó consigo a Roma, donde poseía un casino para la flor y nata de la sociedad, y la colmó de riquezas que no se ven ni en las películas. Por la mañana bebían champaña en la cama con sábanas de seda, comían y cenaban en los restaurantes más caros, y la noche los sorprendía en clubes y casinos propiedad de su padre. Había regresado sólo porque el pasaporte le había caducado y porque no quería dejar a su madre sola. Así que, en cuanto arreglara los documentos, ambas se trasladarían a Italia siguiendo a su padre, o incluso irían a América del Sur, donde también tenían familia que las reclamaba con insistencia.

«Entretanto me dedico a cantar», suelta la italiana sin pestañear. En este momento, ciertamente, no tiene trabajo, porque, según dice, abandonó el último lugar donde actuaba, el hotel Esplanade de Zagreb, rompiendo el contrato, ya que la dirección del hotel no respetaba las cláusulas. Le habían dado una habitación peor de la que le habían prometido, le pagaban menos de lo estipulado y la orquesta contratada no alcanzaba el nivel al que ella estaba acostumbrada. Había regresado a casa porque no le gustaba que le tomaran el pelo; se entiende que los gastos corrían por cuenta del Esplanade, y no se quedaría mucho, el tiempo justo antes de incorporarse al nuevo trabajo, para el que ya había firmado el contrato. Tenía los trajes de noche en el armario, preparados, y podía esperar allí sin problemas unas dos o tres semanas.

El relato fluye sin cauce y sin fondo, entre los guiños entusiasmados de Miluška, que incitan al cliente a manifestar también su admiración. Cosa que éste acaba haciendo, deseoso de acallar la voz estridente: aprovecha la

primera pausa en las confidencias de la italiana para invitarla a ir al cuarto. Allí hace un frío horroroso porque la puerta no se abre desde que se fue Beba, las sábanas y el edredón se pegan debido a la humedad, el cuerpo desnudo de la italiana lo recibe como una colchoneta hinchable, pero incluso eso es mejor que el galimatías de sus aventuras, a causa del cual el cliente sufre mareos y los ojos le hacen chiribitas. Y cuando se levanta, todavía aturdido por el parloteo anterior, huye sin mirar a nadie, arrojando al pasar el dinero en la mesa de la cocina y calándose bien el sombrero. Inmediatamente detrás se va la italiana, con su parte de las ganancias y la esclavina sobre los hombros, sin atender la invitación de Miluška, que quiere convencerla para que se quede y tomar algo juntas. No, a la italiana no le interesa la bebida, sólo le interesa ser el centro de atención; por la noche ya se habrá gastado el dinero en un café, donde los camareros danzan a su alrededor y toca una orquesta de jazz, y quizás en su camino se cruce otro desconocido al que poder contarle su sorprendente historia.

Una noche lluviosa, Dević volvía chapoteando a casa después de una reunión de negocios. Las calles estaban a oscuras; las farolas, tras el velo de las gotas temblorosas, se mecían como borrachas; los pocos transeúntes corrían arrebuajados en sus impermeables y encorvados bajo los paraguas.

Le dolía la cabeza de tanto hablar, fumar y perder el tiempo, pero no se le había olvidado el encargo de su mujer de que comprara dulce de miel para los niños. Fue a la pastelería Aquarium, pensando con disgusto que, cuando sacara el dinero del bolsillo del traje, tendría que tocar con la mano la gabardina empapada. En una de las mesas de la pastelería estaba sentada Katarina. Aparte de ella no había nadie más en el local. Sin reflexionar, Dević la saludó. En ese momento, por una puerta oculta salió el dueño, Dević le dijo lo que necesitaba, cogió el dulce y pagó. Iba a marcharse, pero Katarina se levantó de la silla y se le acercó con una sonrisa significativa.

Se le ocurrió que podía entrar alguien de repente y sorprenderlo conversando con ella y, asustado por esta idea, le hizo una señal para que lo siguiera. Salió y se metió en el pasaje del cine que estaba justo al lado de la pastelería. Un minuto más tarde se le unió Katarina. Mientras de la sala surgía una música zumbona mezclada con gritos ininteligibles, mantuvieron una breve charla.

Katarina clavó en él sus verdes ojos saltones, en los que además de la codicia titilaba un destello de adulación femenina. Hacía tiempo que no lo miraba así, porque desde que ella le servía de intermediaria, se había establecido entre ambos un acuerdo tácito de no contemplarse el uno al otro como hombre y mujer. Y Dević, inquieto por esta mirada distinta, sintió miedo y repulsa cuando ella le dijo: «Hace diez días que te busco en vano». «¿A mí?». «A ti», contestó Katarina sonriendo. «Ella no me deja en paz. Ya

sabes quién. La hermana de Envera. Emina». Y cuando por fin Dević comprendió y bajó los ojos apurado, susurró: «Te está esperando. Se ha enamorado de ti. Ha dicho que te envíe a casa de Paula sin falta. Dice que no tienes ni que pagarle. Sólo quiere estar contigo». Luego, en voz más alta, pidió: «¿Tienes un cigarro?». Mientras él se metía la mano en el bolsillo, añadió: «¿Podrías darme unas monedas para el cine? No tengo un céntimo». Él se las dio, agradecido, mudo, hizo una leve inclinación de cabeza y, casi corriendo, salió del pasaje a la lluvia. No, no los había visto nadie. Chorros de agua lavaban la calle vacía. Se dirigió a su casa, ebrio de orgullo: había recibido un mensaje amoroso, el primero, quizá, desde hacía diez o quince años.

En la calle Mayor, que presenta a la ciudad las luces multicolores de los anuncios de neón, en una de las casas más antiguas, ruinosas tras sus fachadas, a la que se entra por un corredor sombrío azotado por las corrientes de aire, se halla el taller de costura de la señora Nata. También es su vivienda, que se compone de una cama tras un biombo, pero este doble uso no se adivina en el cartel fijado, conforme a todas las reglas, en el marco gris de la puerta, en el que destaca la figura pintada de una esbelta dama con un abrigo amarillo y que, junto con el zumbido de la máquina, audible incluso en el corredor, atrae allí a muchas mujeres, jóvenes y entradas en años, que van a encargarse y a probarse vestidos y trajes, a echar un vistazo a las revistas deshojadas, a discutir, a fantasear, a entusiasmarse y a pelearse.

Así es durante la jornada. Volantes, bordados, querida mía. La cara madura y redonda de la señora Nata, sonrojada por el esfuerzo, inclinada sobre la seda y el hilo, sus brazos rollizos, desnudos hasta el codo, debajo de los que emerge, como del generoso seno materno, la tela cortada para envolver, ceñir, realzar, adornar. Pero, por la noche, desorden y burla. El marido, el segundo —el primero era un oficial que se quedó en el exilio al finalizar la guerra—, regresa borracho a casa, los bolsillos vacíos y dispuesto a sacudir. Es un hombre pequeño, moreno, de rasgos feos, mecánico sin trabajo, con una sola una idea clara: que la señora Nata, con su máquina de coser a pedal y entre el frufrú de sus clientes, se ha elevado por encima de él y por eso tiene que vengarse.

Sin embargo, ella quiere a ese pequeño egoísta despechado, lo quiere cuando se mete en el lecho conyugal después de la riña, enfermo a causa de la bebida, infatigable en su deseo rápidamente inflamado. Lo oculta y no

habla de él y, en las inevitables charlas, lo justifica y ensalza ante las mujeres decentes, que sólo acuden a ella por el trabajo de sus manos y a cuyo círculo podría pertenecer si él no fuera tan vulgar. Su marido, y su debilidad por él, es una barrera infranqueable que la separa de la sociedad, de la ciudad, y la impulsa a buscar una escapatoria. Cada vez que él se emborracha y desaparece por un tiempo, la señora Nata interrumpe el trabajo, se lava, se cambia de ropa, se maquilla y se arregla el pelo, y va a casa de la tía Ruža para fijar una cita secreta.

La tía Ruža se afana por arreglar el encuentro, pero con maquinaciones especiales. Hace saber al cliente elegido que esta vez tiene que ser paciente y respetuoso para conquistar a la que él pretende. Y, de hecho, cuando llega, no halla a la deseada desconocida en el cuarto, como es la costumbre, sino delante, entre los castos efluvios de la cocina, en la banqueta que la tía Ruža ha empotrado para la ocasión entre las jambas de la puerta cerrada de la alcoba. La señora Nata le es presentada como una conocida de una localidad vecina que está de paso, y se entabla una conversación sobre un tema al azar: la carestía de la vida, las enfermedades, los problemas conyugales de parejas anónimas. Sólo cuando se han entretenido con el intercambio de palabras insignificantes, la tía Ruža abre la puerta del cuarto y los invita a continuar la charla dentro, donde no los molestará el humo y el calor del fogón.

Allí, la comedia se descubre pronto. Erguido y sin ropa, el cuerpo de la señora Nata se alza como un tronco maduro, sus ojos azules resplandecen con un brillo juvenil, sus cabellos, teñidos de rubio para ocultar las canas prematuras, se derraman en pesados bucles enmarcando su rostro, surcado de arrugas pero amplio, regular y bello. El cliente queda fascinado por las curvas de su talle, la firmeza, suavidad y calidez de su piel translúcida que por debajo del cuello conserva una tersura rosada y plena. Y la señora Nata, cuando ve y percibe su admiración vacilante, no puede por menos que recompensarlo. Al entregarse, revela en susurros todo lo que le ha prohibido a la tía Ruža contar: el taller próspero en la calle Mayor, el prestigio del que goza debido a su trabajo y conducta entre las mujeres decentes de la ciudad, el marido oficial emigrado, con el que apenas había vivido y que todavía le

escribe. Lo único que no menciona es el marido actual, aunque él es la causa de toda la historia y de esa cita que ha propiciado que se lo cuente.